

Antes de que amaneciese otro día, la enfermería del Colegio de las Apostólicas era célebre en toda la población.

Llegaron el gobernador y el alcalde, así como algunos periodistas, amén de un locutor de radio que comenzó a dar minuciosa cuenta del cada vez más amorado caso Justina.

Los padres sentían luchar en su ánimo la enorme tristeza que les ocasionaba la esfumación de su hija, a la vez que cierto inédito orgullo de celebridad y singularismo. Estaban sentados en la primera fila del espectáculo. Con los ojos bajos, pero mirando de vez en vez con curiosidad a tanto personaje y tanta tramoya.

Las alumnas, ojerosas y extenuadas, hacían curioso anfiteatro ante la mesa de operaciones.

La asistencia, tanto religiosa como laica, en constante expectación.

\* \* \*

A las doce de aquella misma noche Justina no alcanzaba ya más de una cuarta. Todavía, sin embargo, conservaba sus proporciones de nena rolliza.

Los vestidos, ya proporcionados a su inhumano tamaño; había algunos momentos que la infeliz Justina estaba envuelta en un fino pañuelo de seda, el que se sujetaba mal terciado sobre los hombros. De su cuello, enormemente agigantado junto a ella, pendía su escapulario de la Virgen del Carmen, que en tan difícil trance nadie pensó en quitarle y que arrastraba sobre la mesa blanca como una diminuta carretilla.

A ratos, la infeliz paseaba nerviosa, baja la cabeza, terciada en el lienzo, arrastrando la tela del religioso trofeo.

A veces, como abatida, se sentaba sobre un delgado libro que había sobre la mesa, y apoyando la cabeza sobre las manos y los brazos sobre las rodillas, miraba distraída a cuantos le hacían contorno. Muy a menudo lloriqueaba con gemidos apenas perceptibles y de ninguna forma humanos.

Nadie hablaba en la sala. Sólo miraban al diminuto espectáculo. Justina, desde su baja alzada, veía a las personas circundantes como torres en forma humana. La respiración de éstos le daba frío, obligándola a arrebujarse en el pañuelo con harta frecuencia. Una vez, con voz apenas perceptible, pidió de beber. Y le aproximaron una tacilla sobre la que ella se abanicó como en fuente. Y más tarde, de comer. Y le dieron un ovalado bizcocho sobre el que luchó con boca y una mano, mientras con la otra se mal sujetaba el pañuelo.

\* \* \*

La mengua aumentaba por momentos. Cada vez la envolvía más el pañuelo; le costaba más trabajo tirar del escapulario; se oía menos su voz.

Y llegó un momento, en el que tal estaba la cosa, que todos los espectadores, pensando que el instante definitivo llegaba, se pusieron de pie. Tal era el paso de su disminución.

Justina, parada bajo la lámpara, con la cara contraída dramáticamente, como notando que se le estaban terminando las últimas dimensiones de su vida, miró hacia el cielo como en oración y, arrobada, alzó unidas ambas manitas en arrobado ademán. Al hacer tal movimiento de extrema y sagrada mímica, cayó el pañuelo de seda y quedó su cuerpecillo, desnudo, gordote, pequeño y rosado, como el de un muñequito de goma.

Nadie se atrevió a componerla. Estaba exactamente bajo la gran lámpara.

Se iba, se iba como absorbida por el metal de la mesa. Se iba en silenciosa oración. La madre comenzó a chillar.

—¡Justina..., Justinina!

Apenas alzaba ya dos dedos..., ¡uno! Alguien la miró con una lupa. Parecía un garbancito, más pequeña, más..., una gota, ¡nada!

Sobre la mesa un escapulario, y poco más allá un pañuelo abandonado bajo la lámpara. Escapulario y pañuelo que a los espectadores les daba la sensación de gigantes. ¡Tanto habían concentrado la vista ante aquella peregrina sublimación!